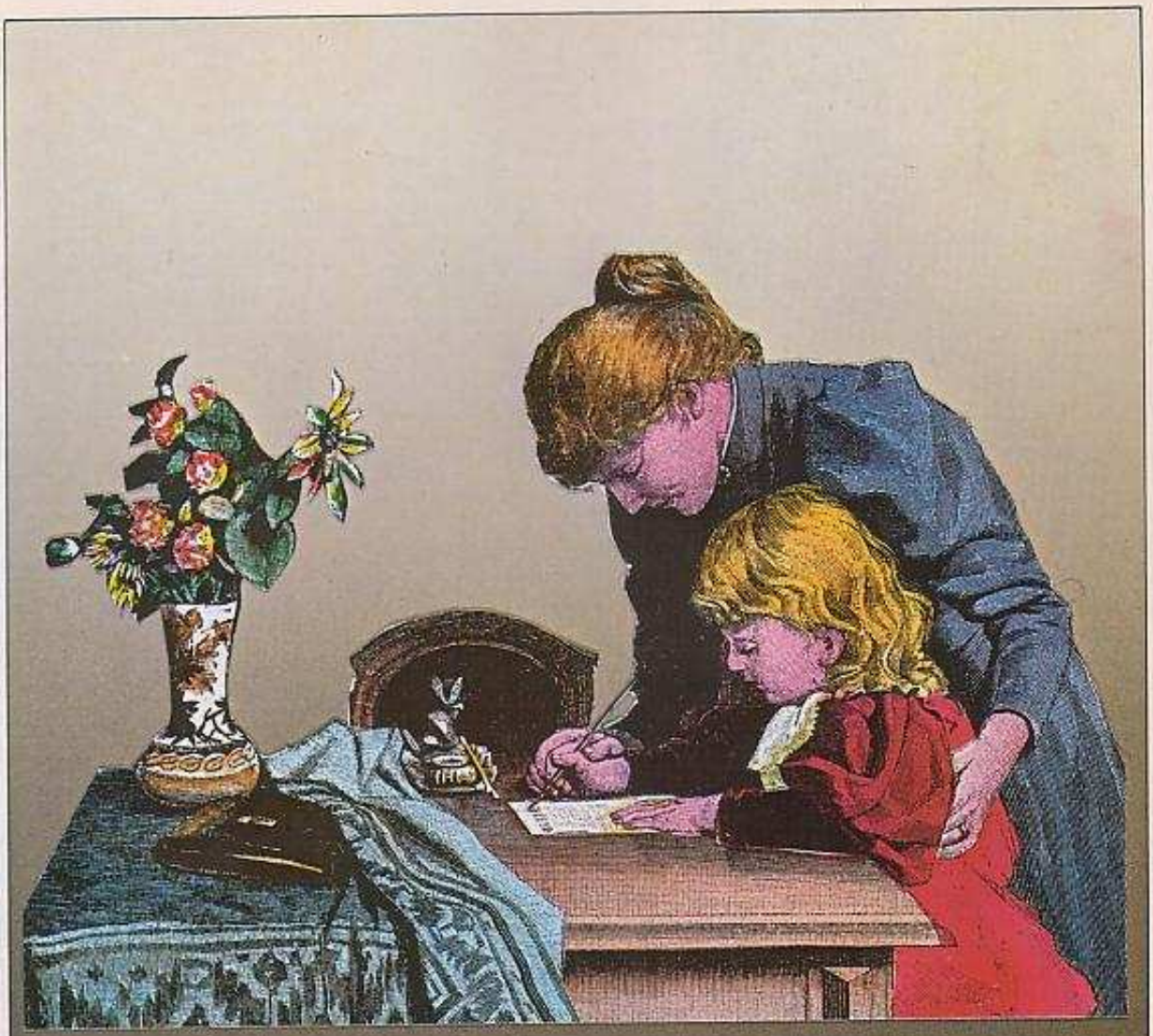


N. ABBAGNANO Y A. VISALBERGHI

HISTORIA DE LA PEDAGOGIA

Portada*: Manolo Ponce*

12. LAS ESCUELAS HUMANÍSTICAS Y LAS ACADEMIAS

Naturalmente, también la práctica efectiva de la educación humanística se afirmó en Italia antes que en el resto de Europa. Muchos de los más grandes humanistas fueron también maestros no sólo de categoría universitaria, sino también en el nivel medio. Algunos de ellos, como Gasparino Barzizza (1359-1431), profesor de Padua, al mismo tiempo que enseñaban públicamente en una universidad, mantenían por su cuenta pequeñas *escuelas-pensión (contubernia),* es decir, aceptaban como pensionados a jóvenes a los que preparaban en los estudios clásicos del nuevo tipo y para los cuales no eran suficientemente propedéuticas las escuelas comunales atendidas por el clero o por modestos profesores municipales.

Por lo que toca a los estudios universitarios, ya hemos dicho que los humanistas tropezaban a menudo con no pocas dificultades para introducir en ellos sus enseñanzas y su espíritu. Esta circunstancia, junto con el surgimiento de una situación político-social en la que nuevas clases pudientes y nuevos señores ilustrados demostraban un profundo interés por la cultura, sin que ese interés hallase satisfacción por los normales conductos universitarios (por lo demás, la Universidad preparaba teólogos y juristas, pero concedía poco a la cultura "desinteresada"), determinó el surgimiento de algunas instituciones privadas de alta cultura, las "Academias".

Cada Academia se proponía promover un determinado tipo de estudio. Se trataba de materias no cultivadas en el campo universitario, o a las que se quería dar una forma nueva y diversa de la escolástica que aún predominaba en las universidades. Tal es el caso de la *Academia Platónica* fundada en Florencia por Cósimo el Viejo a inspiración de Gemisto Pletone, y dirigida por Ficino. Su objetivo era predominantemente filosófico, pero promovía un platonismo de tipo nuevo del que nos ocuparemos más adelante. Muerto Ficino y expulsados los Médicis, la Academia pasó bajo el patrocinio de la familia Rucellai (y celebró sus reuniones en los famosos huertos "Oricellari"), asumiendo un carácter cada vez más político hasta convertirse en sede de conjuras antimediceas, de modo que en 1522 se la dispersó al reprimirse la conjura contra el cardenal Giulio de Médicis, futuro Clemente VII.

Carácter arqueológico y erudito tuvo la *Academia Romana,* fundada por Pomponio Leto, con los auspicios de los papas, y carácter literario la *Academia Pontaniana,* patrocinada en Nápoles por los Aragón y bautizada así en honor de su más famoso director, Pontano.

En el siglo XVI florecerán nuevas academias literarias (por ejemplo, la de los *Infiammati* en Padua, o la Florentina) o filosóficas (como la que fundará Telesio en Cosenza), mientras que en el siglo XVII surgirán las primeras academias científicas.

En general, las academias representan la *laicización de la alta cultura.* Esto no significa que no colaborasen con ellas eclesiásticos y espíritus sinceramente religiosos, sino sólo que ha surgido un nuevo tipo de hombre de estudio que no es necesariamente ni eclesiástico ni profesionista de la cultura (médico, abogado, maestro), sino que vive de renta, de mecenazgo u ocupa incluso cargos públicos. Las academias son el lugar natural de reunión para quienes cultivan disciplinas afines, incluso si lo hacen, como se diría hoy, en calidad de "diletantes".

Las academias *no son* pues instituciones educativas, y no sustituyen a las universidades como instrumentos de enseñanza superior, si bien colman las insuficiencias de éstas en cuanto sedes de elaboración de la alta cultura.

13. GUARINO DA VERONA

En Italia, la educación más típicamente humanística se realizó más bien en el nivel que hoy diríamos "secundario" que en el universitario, y en forma privada más bien que pública. Pero estas dos afirmaciones exigen aclaraciones importantes: en primer término, las *escuelas-pensión* más

famosas mostraron la tendencia a ampliarse hacia lo alto, en el ámbito de los estudios superiores; en segundo término, no faltaron, aunque no tuvieron fortuna, intentos de escuelas humanísticas administradas por los poderes públicos, sobre todo las autoridades municipales.

La carrera docente de Guarino da Verona (1374-1460), una de las más largas y variadas, nos muestra casi completa la multiplicidad de aspectos de la educación humanística.

De origen modesto (su padre, un herrero, lo dejó huérfano a la edad de doce años), debió a los amorosos cuidados de la madre y a su propia tenaz voluntad los primeros éxitos en los estudios, realizados primero en Verona y luego en Padua, donde recibió las primeras influencias humanísticas a través de Giovanni da Conversino, ex familiar de Petrarca, y Paolo Vergerio. Tuvo luego ocasión de trasferirse a Grecia en el séquito de un patricio veneciano y de convertirse en familiar de Manuele Crisolara, vuelto de Italia donde había enseñado en Florencia, más precisamente en el *Studio* (escuela pública superior), a invitación del municipio y a insistencia de Salutati. Después de cinco años en Grecia, en 1408 Guarino volvió a Venecia, pero luego se trasladó a Bolonia, y, en fin, por invitación de Poggio Bracciolini y Leonardo Bruni, a Florencia, para enseñar antigüedades greco-romanas en el *Studio,* reabierto en 1412 por las autoridades florentinas.

En 1414 encontramos a Guarino de nuevo en Venecia, donde abre una escuela para jóvenes deseosos de aprender o perfeccionar el griego. Entre ellos figura Vittorino. Cinco años más tarde helo en Verona, con el cargo de profesor de retórica. En esta ciudad abre además una escuela-pensión semejante a la de Barzizza, en Padua. En 1429, después de haber rehusado en los años precedentes varias invitaciones de municipalidades y príncipes, aceptó por fin la del marqués Niccolò d'Este para que se estableciera en Ferrara y cuidase la educación de Leonello, hijo y heredero del señor.

En Ferrara abrió luego una escuela-pensión y fue nombrado profesor cívico de retórica del *Studio pubblico,* abierto en aquel entonces (1436) y que recibió en 1442 el reconocimiento imperial. De ese modo, el nacimiento de la Universidad de Ferrara se liga a la obra y a la universal nombradía ya para entonces conquistada por Guarino, quien enseñó ahí hasta su muerte (1460). A su escuela y lecciones públicas acudían discípulos no sólo de toda Italia, sino del resto de Europa.

La *escuela-pensión* guariniana se caracterizaba por la unión de una cordial atmósfera de familiaridad y colaboración y un claro orden de materias estudiadas con un método preciso.

Guarini dividía su instrucción en tres cursos: elemental, gramatical y retórico. El curso gramatical constaba de una parte metódica y una parte histórica que comprendía la lectura de los historiadores antiguos y, en general, de los prosistas y poetas más propios para conocer de primera mano el mundo clásico. El curso retórico sustituía de hecho los cursos universitarios, dado que comprendía un estudio profundo de la retórica ciceroniana y quintiliánica, así como también la lectura de las obras filosóficas de Cicerón, Platón y Aristóteles.

La escuela de Guarino, era, pues, esencialmente, un ejercicio sistemático de lectura inteligente y graduada de los clásicos latinos y griegos (sin excluir a los escritores cristianos), una lectura complementada a cada paso por comentarios y debates, y que daba ocasión a toda suerte de ejercicios orales y escritos. Un contacto así de íntimo con la clasicidad, realizado en un ambiente libre, armonioso, acogedor, animado de músicas, danzas y cantares no menos que de ejercicios físicos y juegos, no podía menos de promover en los más dotados un perfecto hábito humanístico, lo que puede decirse tanto de un humanista "puro" cual Ermolao Barbaro, como del gran santo que fue Bernardino da Siena, entrambos discípulos del insigne veronés.

14. VITTORINO DA FELTRE

También Vittorino Rambaldoni da Feltre (1373 ó 1378-1446) fue de modesta familia y logró estudiar en Padua y Venecia sólo a costa de grandes sacrificios. Mientras frecuentaba los cursos de Giovanni Conversino y Vergerio se ganaba la vida como *magister puerorum;* una vez graduado, deseando aprender la matemática, de la que no existían cursos públicos, ingresó como sirviente en

casa de Biagio Pelacani, que la enseñaba en forma privada y a precios muy altos (si bien era, al mismo tiempo, profesor público de filosofía natural).

Posteriormente, se mantuvo a su vez como profesor de matemática y latín en casa de Barzizza, quien había llegado a Padua en 1407 y bajo cuya dirección se convirtió en un exquisito latinista de tipo ciceroniano. Sin embargo, se trata de un ciceronianismo muy diverso del que será más tarde escarnecido por Erasmo: Cicerón era, en ausencia de las fuentes griegas, por la extraordinaria variedad de su producción, el depositario del lenguaje más rico y los contenidos más sustanciosos.

En efecto, en aquel entonces el griego se conocía poco y la única cátedra de griego que había en Italia era la de Florencia, desempeñada primero por Crisolara (que el mismo Vergerio, ya cincuentón, había ido a escuchar) y después por Guarino. Pero apenas Vittorino supo de la apertura de la escuela de Guarino en Venecia se dirigió allá, bien que ya no fuese un muchacho (tenía unos 40 años), y bajo la guía del casi coetáneo veronés adquirió en breve un buen conocimiento del griego (y es posible que, a su vez, ayudase a Guarino con la enseñanza del latín, del que era, de los dos, el mejor conocedor).

En 1420, Vittorino, en Padua, abrió un *contubernium* propio, en el que ya desde entonces cobraba poco o nada a los alumnos más pobres y al que mantenía con los elevados honorarios pagados por los más ricos, o sea, los hijos de los patricios y de los acaudalados comerciantes venecianos. En efecto, su escuela gozaba ya de gran prestigio porque enseñaba espléndidamente, a más de latín y griego, la matemática.

En 1421 fue llamado para suceder a Barzizza (invitado a Pavía) y aceptó, con una cierta perplejidad, la cátedra de retórica. La razón principal de su perplejidad era la indisciplina y la anarquía reinantes entre los estudiantes pavianos, que asumían formas tan graves que constituían un auténtico y angustioso motivo de preocupación para un espíritu alto y puro, profundamente religioso, como el de Vittorino.

Disgustado, Vittorino abandonó la cátedra antes del año y se retiró a Venecia, donde fundó una *escuela-pensión* que atrajo de inmediato a la flor y nata de la aristocracia veneciana, e incluso discípulos del resto de Italia, movidos por la preclara fama que ya por entonces circundaba el nombre de Vittorino.

Al año siguiente, Vittorino fue invitado por el marqués Gianfrancesco Gonzaga, señor de Mantua, para que fuese preceptor de sus hijos al precio que Vittorino fijase. Vittorino no se contentó de esta liberalidad, sino que exigió de Gonzaga una libertad absoluta en su obra educativa y, finalmente, como refiere un biógrafo, comunicó su aceptación al marqués con las siguientes palabras: "Habiendo oído acerca de ti muchas excelentísimas cosas, acepto la invitación; pero con la condición de que, si me pedirás cosas dignas de entrambos, las haré de buena gana, y estaré contigo sólo mientras sean elogiadas tus costumbres y tu virtud."

Así fue como empezó uno de los más famosos experimentos educativos de todos los tiempos, el de la *Giocosa*. En efecto, Vittorino en vez de limitarse a servir como preceptor únicamente de los príncipes, creó una nueva *escuela-pensión,* transformando para tal fin una lujosa villa del marqués, con un amplio parque, denominada "la Zoiosa" por estar destinada a fiestas y diversiones. Al cambiar el nombre por el de "Casa Giocosa" Vittorino trazaba ya en cierto modo su programa (por lo demás, *iocus* es sinónimo de *ludus* que a su vez, para los latinos, era sinónimo de escuela). Sobre la fachada una leyenda latina decía: "Venid, oh niños, aquí se instruye, no se atormenta".

En la *Giocosa* hospedó a otros vástagos de familias nobles o incluso de origen modesto; todos ellos, sin embargo, seleccionados con gran atención, sobre todo desde el punto de vista moral. Como de costumbre, a los más necesitados los mantenía él, procurando al mismo tiempo que hubiese la más rigurosa igualdad de tratamiento. Acudían discípulos de todas partes de Italia y Europa, por lo que, no obstante la implacable selección, pronto llegaron al número de 70.

Vittorino se rodeó de colaboradores de primer orden, especializados en varias disciplinas. Tenía igualmente necesidad de maestros de equitación, natación y esgrima, así como también de música, pintura y canto. Él mismo participaba personalmente en muchos ejercicios físicos; le gustaba sobre todo el juego de pelota.

Para Vittorino todo esto no era una simple diversión, ni siquiera un puro ejercicio físico. Era muchas otras cosas: ocasión para observar la índole de los discípulos; educación del carácter; lección de sociabilidad; aprendizaje del dominio de sí mismo incluso en el ímpetu de la contienda; en una palabra, ejercicio de *self-control,* como dirían hoy los ingleses, en cuyas *Public Schools* influirán mucho estos aspectos de la educación vittoriniana.

En cuanto a la educación intelectual, estética y religiosa, que seguía siendo la parte principal, era atendida por Vittorino con suma escrupulosidad en todos sus aspectos, inclusive en los confiados a otros maestros, puesto que el conjunto debía formar un todo orgánico aunque adaptado a la índole, a la capacidad y a los intereses de cada uno de los discípulos.

Al parecer, la educación de Vittorino era *enciclopédica,* es decir, lo era de hecho en el sentido clásico (cf. vol. I, § 49) de una "cultura general" propia para formar integralmente la personalidad. Solía decir que así como el cuerpo se restaura con la variedad en los alimentos, así el espíritu, se recrea con la alternancia de las materias de estudio.

Debido a esto, es decir, por causa del amplio lugar que concedía al "cuadrivio", generalmente negligido por los humanistas, Vittorino parecía volver atrás con respecto, por ejemplo, a Guarino. Pero trivio y cuadrivio reverdecían al soplo vivificante de la clasicidad absorbida mediante la lectura directa, sin exceso de premisas gramaticales, incluso de textos griegos. En efecto, la enseñanza del griego era objeto de particulares cuidados, y dos discípulos griegos de Vittorino, Teodoro Gaza y Giorgio di Trebisonda, se convirtieron pronto en colaboradores de la *Giocosa* y adquirieron reputación europea como doctos lingüistas y gramáticos. Sin embargo, la lengua principal de la *Giocosa era* el latín, con exclusión de todo enseñamiento o lectura en lengua vulgar. En esto era unilateral, pero se le puede excusar si se tiene presente el clima cultural; en cuanto al resto, reinaba en la escuela la más absoluta libertad para abordar cualquier disciplina digna de estudio.

Completaba el cuadro la educación religiosa, de la que se encargaba en persona el gran feltrés, quien se sentía particularmente afín al espíritu franciscano y sabía fundirlo admirablemente en su enseñanza, corroborándolo con la lectura directa en griego y en latín de los Evangelios y los Padres de la Iglesia.

Por lo demás, no se rebasaban los límites de la educación general: Vittorino encaminaba a algunos de sus discípulos al estudio de la medicina o del derecho en las universidades públicas, pero por lo que a él respecta evitaba dar a su enseñanza un giro profesional, persuadido como estaba de que incluso para esto la base más útil y necesaria era una formación humanística completa, rematada por un estudio suficientemente profundo de la *retórica* y la *filosofía.*

Humanistas insignes como Bracciolini, Filelfo, e incluso Guarino, confiaron sus hijos a Vittorino. De la *Giocosa* salieron, además de humanistas de gran fama, jefes de estado y condotieros —como los Gonzaga, Federico de Montefeltro y Giberto da Correggio—, eclesiásticos, teólogos, educadores, juristas y hombres de ciencia, e incluso algunas princesas de fina sensibilidad como Cecilia Gonzaga y Bárbara de Brandeburgo, esposa de aquel Ludovico Gonzaga que sucedió con honor al padre Gianfrancesco y que fue también munífico mecenas, ilustrado y hábil administrador. En Mantua había sido el primer discípulo de Vittorino, a quien debía el haber sido reintegrado en sus derechos de sucesión después de una grave ruptura con el padre.

Muerto Vittorino, la *Giocosa* siguió funcionando con altibajos por algunos decenios, pero en general su espléndido ejemplo resultó más fácil de admirar que de seguir.

Incluso en sus instituciones educativas, el humanismo italiano, generado por las exigencias de una vida ciudadana renovada, ligó sus destinos al precario florecimiento del mecenazgo principesco, manteniendo una cierta libertad y dignidad justo en virtud de la fragmentación política de Italia.

De ahí a poco las escuelas humanísticas —espléndidas realizaciones sin raíces profundas en la vida civil—, desaparecerán del todo y, a vuelta de un siglo, la educación humanística asumirá en Italia la fisonomía ceñuda e impenetrable de la Contrarreforma, con estructuras que los jesuitas copiarán a las escuelas humanísticas del norte de Europa.